



Empédocles representado en un grabado de 1580.



Al evocador mágico de *Primavera olímpica*,  
a CARL SPITTELER, quien, más allá de veinte  
siglos, reanudó la tradición de los poetas-fi-  
lósofos de Jonia.

Con afecto y respeto,

ROMAIN ROLLAND,  
abril, 1918



En medio del vasto hundimiento de nuestra civilización, entre las ruinas de Europa, el pensamiento vaga muchas veces hacia el pasado. Ansiosamente, por el laberinto oscuro que atraviesan aquí y allá flechas de sol, en el Eterno Retorno, busca formas que se parezcan a las que lo rodean, y le den la clave del misterio del presente. Las formas que hasta ahora le eran familiares, las de la época clásica, limitadas dentro del campo de sus aspiraciones, de sus conflictos, de su acción, de su pensamiento, de sus pasiones, de su orden vencedor e incluso de su mismo desorden, al igual que los grandes espíritus, cuya razón lúcida y decidida ha expresado estas épocas, la esencia de su deseo, su sueño metafísico, y lo que ellos querían ser, más que lo que ellos han sido —nuestros maestros filósofos de la Europa moderna—, han llegado a ser para nosotros como amigos de ayer, que nos han dejado salir en medio de la tempestad, y que no nos han seguido. Fieles y caseros, permanecen en el hogar; pero el hogar se derrumba: ¿será reconstruido? Su voz es sagrada para nosotros, porque nos recuerda el beneficio de su respuesta a nuestras preguntas de ayer; pero no responde ya a nuestras preguntas de hoy.

Los más libres de entre nosotros no encuentran tampoco en la noble religión, que ha nutrido el hambre de Europa durante diecinueve siglos, el alimento que necesitan. El Amigo divino, Jesús, cuyos brazos están abiertos a tantas almas abandonadas, cuya palabra viril y tierna ha

guiado a tantas conciencias turbadas, ofrece a la vida moral un retiro puro y profundo; pero en cuyo umbral acaban muriendo los estruendos del exterior, el oleaje de la naturaleza, los clamores de la acción, los juegos sangrientos de la política. Y nuestra época no quiere cerrar sus oídos a nada. Ella no se guarecerá detrás de los muros de un claustro o las cercas de un racionalismo contra el Enigma amenazante del mundo, que merodea alrededor de ella, que la asalta y que quiere, cueste lo que cueste, que, en medio de sus semitinieblas y sin ver su camino, el hombre tome partido. Ella quiere abrazar lo invisible, debiera incluso sucumbir en esta lucha desigual. (¡Ella está firmemente decidida a no sucumbir!). Después de un largo periodo de paciente análisis, una necesidad imperiosa de síntesis abraza los tuétanos de los nuevos tiempos. Ya no puede conformarse con una ascensión lenta, abriéndose camino con el hacha, un paso tras otro, en el vertiginoso muro de hielo. Los hombres de nuestro tiempo han aprendido a planear. Como los ojos de los pájaros, los suyos se han vuelto présbitas. El pensamiento necesita panoramas inmensos. Más que de verdades parciales, tiene sed de hipótesis amplias, en las que nada sea excluido de todo lo que es su bien, pero donde todo se armonice, la ciencia, el arte y la fe, el sueño y la razón, las fuerzas contemplativas y aquellas otras de la acción, y el pensamiento múltiple, de infinitos recovecos, como los lóbulos sinuosos del cerebro donde se aloja, el pensamiento de miles de cabezas, cual una diosa hindú, con todas sus variantes, con todos sus contrarios, que son los armónicos del mismo potente acorde.

Sin embargo, en nuestro peregrinaje por la ruta de los siglos —muy lejos, en el horizonte de la historia helénica, sobre la línea de división que separa los tres mundos medi-